



Clarooscuro del Cine

CINCUENTA AÑOS DE CINE

EL 28 de Diciembre de 1895, como sorprendente “inocentada” se puso por primera vez ante público, una cinta cinematográfica: “Los obreros saliendo de la fábrica”. El tímido invento de los hermanos Lumière ha cumplido, pues, cincuenta años. Lo que surgió como un ensayo ha tomado vida propia, todos sabemos qué formidable ingrediente constituye en los días presentes.

CUADERNOS DE TEATRO quiere acusar este hecho trascendental del jubileo del cinema. Y lo acusa modestamente, como modestas son sus páginas dedicadas al Séptimo Arte.

Ante todo, hemos de advertir el prodigioso desarrollo del cine. Ya en la primera decena del siglo, las películas se perfeccionan. Después de la guerra europea, en el decenio 20-30, el cine mudo, alcanza sus realizaciones cumbres. Hasta donde él llega no se puede llegar en menos tiempo. Y aquella etapa, tan decadente en muchos aspectos para otras manifestaciones artísticas, es, sin embargo fructífera para el cinema. Tres países se disputan la primacía: su patria, Alemania y Estados Unidos. Estos últimos conquistan el mercado mundial por el procedimiento de la competencia económica, pero no obstante, el cinema germano y el francés, siguen en el terreno de lucha, defendiéndose con sus viejas soleras europeas traducidas en calidades.

Hablar del cine mudo, es anacronismo, porque nuestra generación no lo conoce ni lo recuerda. Todos estamos conyencidos de su depurada exaltación de valores típicamente cinematográficos, valores, que, por otra parte el cine mudo creó y desarrolló.

Hacia 1930, el cine se sonoriza. Una nueva etapa—en la que nos encontramos—ha empezado. El cine mudo se defiende, con la tenacidad de un mundo viejo. El nombre que caracteriza la vieja escuela—Charlot—se niega a transigir y en efecto, sus cintas después de 1930, entre ellas recordamos “Tiempos Modernos”, siguen teniendo todos los recursos de los films mudos.

Pero el invento se perfecciona con rapidez y el público se va tras él con una adhesión ya, inquebrantable. Nosotros somos hijos del cinema parlante y las películas mudas que aún se ven en lugarejos o Cine-Clubs nos causan risa.

¿Es el cine el arte de nuestro tiempo? ¿Está en vías de absorber y por tanto, eliminar a las artes tradicionales? Dos preguntas son estas, polos entre los que giran las cuestiones más trascendentales que ha despertado el arte de la luz y las sombras.

La primera cuestión tiene más fácil respuesta. Considerando en el pasado que hubo artes—la estatuaria en Grecia, la arquitectura en la Europa medieval—adscritos y vinculados a una determinada época, no es un error afirmar que el cine puede considerarse la manifestación artística que más cuadra a estos días que vivimos. Casi todas las posibilidades de vida, de aventura o de ambición las está plasmando el cinema. La cámara ha bajado a los abismos físicos y ha procurado sondear o intuir las innumerables facetas del alma individual y colectiva del hombre. La curiosidad que domina nuestro siglo, se satisface indudablemente, en el cine. Y si la vida es inquietud para la cámara, palpable es la influencia de la teoría de luces y sombras sobre nuestra vida.

Por eso yo reputo como profesión genuinamente moderna, nueva, la de director cinematográfico, es decir, la de aquel hombre que realiza—o en términos de estética que se expresa—por medio del cine.

La segunda cuestión es mucho más delicada. Ante todo, hay que distinguir los valores artísticos del cine. Este, no es arte puro. Es un espectáculo. Precisamente el espectáculo que ha de satisfacer al más abigarrado concurso de espectadores. Como tal, ha de sacrificar muchos de sus valores, por diferentes razones. Sin embargo, hay valores típicamente cinematográficos. Sólo en ellos radica su belleza.

Y en cuanto a la absorción de las otras artes—plástica y música—que le son tan afines, es lenta y no tan progresiva como algunos creen. Un arte hay—el más dúctil y para la mayoría de los estéticos, el supremo—la Poesía—que en muchas de sus manifestaciones se ve arrastrada al vórtice del cinema. Primero absorbió el drama y todos sabemos cómo ha de luchar el teatro moderno para librarse del cine, del que tan débil frontera lo separa. Ahora está tragándose la novela, comenzando por la más afín a él, la novelesca.

Pero, a pesar de estos contactos tan palmarios, el cine se levanta con una personalidad propia. Sobre todo, el americano, hoy indiscutible árbitro mundial.

Y en torno al cine, se mueven una legión de personas e intereses: técnicos de todas clases, realizadores, adaptadores y guionistas. Factores económicos, comerciales y propagandísticos mueven en rápido giro las manivelas de las cámaras.

A los cincuenta años de cine, el cine nacional es apenas un tímido balbuceo. No falta ambición ni buena voluntad, pero nos hallamos muy a la zaga y el camino a recorrer es largo, larguísimo.

En otra ocasión hablaré de los tópicos y escollos del cinema y de su opio y su veneno.

LORENZO ESTÉVEZ